

La sonorización de las consonantes sordas iniciales en vascuence y en romance y la neutralización de k-/g- en español

1. Los casos de *g-* por *k-* que registran numerosas monografías dialectales en diversas palabras, se suelen relegar, sin específica explicación en la mayoría de los casos, «al poco comprometido capítulo de los cambios fonéticos esperádicos», como advierte Salvador¹ en un original estudio que afronta esta cuestión de forma sistemática, por vez primera, en el ámbito lingüístico español.

Su conocimiento de la realidad actual del habla andaluza permite a Salvador enriquecer considerablemente la imagen de tal fenómeno, no sólo en cuanto a su extensión y vitalidad (nómina de palabras afectadas, localizaciones nuevas y precisas, etc.), sino también de modo cualitativo (manifestaciones de polimorfismo y de variantes intermedias: *g^k*, *kg*). Varias encuestas personales y algunos mapas del ALEA sirven de apoyo a sus afirmaciones, que se extienden geográficamente gracias al ALPI y a estudios monográficos de otras áreas.

Ofrezco aquí unas breves adiciones a aquella documentación para ratificar la presencia del fenómeno de la sonoriza-

(1) G. SALVADOR, "Neutralización *g-/k-* en español". *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas*. Madrid, 1968, IV, 1739-52.

ción en la banda oriental del castellano, donde su vitalidad parece inferior, según Salvador. Una ligera consulta de fuentes y repertorios léxicos proporciona un buen número de testimonios, que, presumiblemente, podrían acrecentarse en una búsqueda más detenida, que no es del momento.

Para Aragón cabe citar casos como *gamuço*, *ganyvet*, *gavia*, *griva*, *grogó*, etc., en documentos de los siglos XIV y XV (B. Pottier, *Étude lexicologique sur les inventaires aragonais*. VR, 1948-9, 10, 87-219). En el *Fuero de Teruel*, § 575, figura *guchiello*. Aunque, como dice Salvador, no alude Alvar a la sonorización de iniciales en *El dialecto aragonés*, sí señala la frecuencia del hecho en *El habla del Campo de Jaca* (Salamanca, 1948, 64) y comenta que «posiblemente podría admitirse un origen vasco al fenómeno». Otros testimonios modernos pueden encontrarse en diversas monografías de Krüger, Monge, González Guzmán, etc.

En Navarra, *gayolla*, en un manuscrito, de fines del siglo XIII, del *Fuero general de Navarra* (apud F. González Ollé, *Textos lingüísticos navarros*. Pamplona, 1970, 57) y *gaynibetes*, en un documento tudelano de 1433 (*ibid.*, 172). Una profusión extraordinaria en la lengua actual, recogida por J. M. Iribarren (*Vocabulario navarro*. Pamplona, 1952, y *Adiciones al vocabulario navarro*. Pamplona, 1958): *galzas*, *galceta*, *galcetín*, *gallizo* 'calleja', *gambra*, *gambrión* 'camión', *garapito*, *gardama*, *gardancha*, *gardincha*, *garáo*, *gayata*, *gorsé*, *griba*, *guchillo*, etc. Obsérvese que las palabras recién citadas pertenecen a épocas muy diversas.

Un documento de Santo Domingo de la Calzada, año 1199 (apud R. Menéndez Pidal, *Documentos lingüísticos de España*. Madrid, 1919, 121), atestigua *ganonges*, alternando con *canonges*. Para el habla viva riojana encuentro *garamelo*, *garapito*, *gardama*, *gayata*, *golorito*, *gorretear*, *garrincho*, *gudujón*, etc. (C. Goicoechea, *Vocabulario riojano*. Madrid, 1951).

1.1. La dimensión cronológica del hecho (casos de g- por k-, como *gasares*, *gahtoliga*, *gareras*, *gontigerit*, etc., recogidos por Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, y oportunamente

recordados por Salvador, a los que se suman algunos de los antes citados aquí), permite hablar de un fenómeno que, durante más de un milenio, se mantiene prácticamente en un similar estado de latencia:

1.2. Salvador ha sabido integrar atinadamente los datos de la historia y de la geografía lingüísticas en una visión unitaria, para plantearse, sobre esta base, la razón del cambio *k->g*. Antes de llegar a ella descarta la opinión de Menéndez Pidal, compartida por otros autores, como ya he expuesto y volveré a exponer con más detalle, según la cual, el proceso de sonorización indicado se debe a «un fenómeno de fonética sintáctica, al quedar la consonante inicial intervocálica». No alcanzo a entender bien la razón que alega Salvador para justificar su repulsa a tal explicación: «Lo segundo que sorprende es que esa tendencia a la sonorización afecte a la *k* inicial y sólo muy raramente a la interior. Es claro que la explicación de Menéndez Pidal —la frecuencia de su uso intervocálico por fonética sintáctica— solamente resultaría válida si viésemos ahora que también la intervocálica sonorizaba» (1751). En efecto, si la *-k-* intervocálica en interior de palabra no sonorizase, sino que se conservase inalterada, sería poco convincente el argumento de Menéndez Pidal. Pero, valga decirlo, tal conservación no se ha producido en castellano. Por eso hay que preguntarse qué ha tratado de significar en realidad Salvador cuando, al parecer, niega la sonorización de la *-k-* intervocálica en castellano. Quizá quiere indicar que en la época temprana en que ya se documenta la sonorización inicial aún no es regular la intervocálica. Pero aún prescindiendo de la falacia de las grafías, de la divergencia entre lengua escrita y lengua oral contemporánea, etc., también en esa misma época se pueden encontrar, por lo menos, tantos testimonios de *-g-* interior como de *g-* inicial, ambas provenientes de *k* latina. Valga simplemente repetir el testimonio de *gahtoliga*, pocas líneas atrás aducido para ejemplificar la sonorización inicial, que ofrece este mismo proceso fonético en su interior.

Por otra parte, puede quedar abierto, sin respuesta, el interrogante planteado, pues, en cualquier caso, Salvador afirma que, para el fenómeno en cuestión, la «explicación no hemos

de buscarla fuera, sino en la propia estructura lingüística del español». Aunque, en mi opinión, la explicación de Menéndez Pidal también se basa en la estructura lingüística —relaciones fonéticas al nivel de la frase—, lo que Salvador propone es un cambio de perspectiva metodológica: «En realidad no se trata tanto de un problema fonético como de un problema fonológico, y no vale hablar de sonorización sino de neutralización». Para Salvador, «considerar, como se viene haciendo, que la oposición de los fonemas *k/g* es una correlación sorda/sonora y no una correlación interrumpida/continua, estimando */g/* como un fonema oclusivo que a veces se realiza como fricativo, y no al contrario, es un punto de vista algo apartado de la realidad».

1.3. Salvador, como acabo de citar, afirma que entre *k* y *g* existe la correlación oclusión/fricación; pero más relevante resulta, en mi opinión, la correlación de sonoridad², que él margina a favor de la primeramente mencionada: «De hecho la */g/* es un fonema fricativo y la oposición *g/k* está basada fundamentalmente en una correlación continua/interrupta». Sólo si se admite, sin más, esta última afirmación, resultará cierto que «cuando un alófono de */g/* se convierte en interrupto, en el caso de *ng* o de inicial, la confusión y consiguiente neutralización con el fonema correlativo resulta poco menos que normal». Pero, de suceder así, entiendo yo que se hubiera producido la evolución *g->k*, que no tiene visos de existencia histórica.

En todo caso, la cuestión planteada —a la vista del material léxico observado— es la modificación de *k*, no la de *g* (ni *-ng-*), como se acaba de exponer. Por tanto, aunque se parta —lo que no parece adecuado— de que *k* es alófono de */g/*, no se comprende cómo inmediatamente después de la última afirmación citada, se deduce la conclusión de que «esto es lo

(2) Cfr. la opinión de E. ALARCOS, *Fonología española*. Madrid, 1968⁴, 171: «Los fonemas sonoros */b d g/* son indiferentes a la correlación de interrumpida-continua, y se oponen como términos de la correlación de sonoridad a los archifonemas sordos */p-t/*, */t-θ/*, */k-x/*. La correlación de continuidad, pues, existe sólo para los fonemas sordos». Es decir, en el orden velar el modo de articulación afecta a *k/x*, no a *k/g*.

que explica que la sonorización se produzca en posición inicial y no en posición intervocálica», ya que, en aquel supuesto, la alteración recaería sobre *g*- y no sobre *k*-. Y reitero mi extrañeza ante lo que se dice de la posición intervocálica.

No sé si en relación con el último pasaje de su argumentación o, en general con la neutralización de la oposición *k/g*, el propio Salvador parece ser consciente de la dificultad que he apuntado y sale al paso de la objeción a su hipótesis: «Se me dirá que más lógico debería resultar entonces el ensordecimiento de la *g* que la sonorización de la *k*, pero he de insistir en que la oposición es esencialmente de interrupta/continua y la sonoridad o sordéz juega en ella un papel escaso desde el punto de vista del sistema». También yo debo insistir en que, desde mi creencia sobre la marca de correlación —la sonoridad— que determina la oposición *k/g*, aquella objeción me resulta insalvable. Más: aún admitiendo que la igualdad en el modo de articulación —oclusivo— de *k* y *g* en determinados contextos fonéticos lleve a la neutralización, lo normal sería esperar que fuera *k*, el miembro no marcado, el representante del archifonema. No encuentro justificación para admitir una «tendencia fonética a la sonorización de *k*-, nacida de su proximidad fonemática con el frecuente alófono de *g*- para esta posición». A mi entender, si se considera que */g/* se realiza normalmente como un sonido fricativo (a diferencia de */k/*, oclusivo), cuando en determinados contextos */g/* se realice como oclusivo, podría —en el difícil supuesto de resultar irrelevante la sonoridad— confundirse con */k/*, representante de la articulación velar oclusiva, en virtud de la citada «proximidad fonemática»; pero no a la inversa, es decir, que el normal timbre velar oclusivo, sordo, se confunda con el poco frecuente alófono oclusivo de la velar sonora, o, lo que es igual, que se sonorice en posición inicial absoluta.

Precisamente a propósito de un caso concreto de sonorización de una sorda inicial, que luego se verá en detalle, hace Martinet³ la siguiente consideración de carácter general: «On

(3) A. MARTINET, "De la sonorisation des occlusives initiales en basque", *Word*, 1950, 6, 226. Posteriormente fue recogido en *Economie des changements phonétiques*. Berna, 1955.

comprend mal les raisons qui auraient pu déterminer une sonorisation régulière de l'initial. Il ne semble pas qu'on ait d'exemple de ce phénomène qui va à l'encontre de tout ce que l'on sait du comportement phonologique de la sonorité». Poco después vuelve a plantear: «Pour quelles étranges raisons la confusion, si elle a existé réellement, s'est-elle faite en faveur de l'articulation sonore?».

1.4. De lo que antecede se desprende la dificultad que encuentro para adherirme a las razones de orden fonológico propuestas por Salvador para explicar el cambio $k > g$. En contra se alza además el hecho de que el proceso en cuestión no se produce en análogas estructuras fonológicas, es decir, en las oposiciones p/b , t/d , proporcionales a k/g . Téngase en cuenta, no obstante, que esta última objeción resulta también válida en una consideración meramente fonética, no fonológica, aunque no ha merecido mucha atención por parte de los que sostienen una explicación de carácter fonosintáctico. Sin pretensión de abordar de lleno este hecho diferencial, sí debo recordar aquí una explicación propuesta al mismo, puesto que, al estar formulada en un estudio con distinta finalidad, ha podido pasar inadvertida. Aunque guiado, como digo, por otros móviles, al observar Bustos Tovar (*Estudios sobre asimilación y disimilación en el ibero románico*. Madrid, 1960, 99) el mayor número de casos de sonorización de k - respecto de p - y t -, se plantea la razón de esa diversidad. Tras admitir la opinión de Menéndez Pidal de que «la oclusiva velar está más expuesta a confundir sonoridad y sordez por tener muy diferente caja de resonancia vocal, en comparación con la oclusión en los dientes y en los labios», pone de relieve que también «se debe a las características articulatorias y acústicas de la consonante velar [...] La sonorización temprana de la c está en relación directa con la mayor duración y menor tensión articulatoria de la consonante velar respecto de la labial o dental».

En resumen. Salvador ha acertado a formular una «verdad fonológica»: la neutralización de k/g en posición inicial de palabra, según una tendencia fonética que no ha podido generalizarse, porque, como atinadamente observa, habría ocasio-

nado la desaparición de numerosas oposiciones léxicas (*callo/gallo, cana/gana*, etc.). No dudo, pues, en afirmar que el enunciado de la tesis conserva su validez, pese a mis anteriores discrepancias; porque éstas no apuntan tanto hacia aquélla como hacia su explicación.

2. Al terminar su estudio, Salvador señala el progreso obtenido en la cuestión mediante la aplicación de nuevos métodos de investigación: concretamente, el recurso a la geografía lingüística y a la lingüística estructural.

Sin menoscabo de la eficacia de tal metodología aplicada a la cuestión presente, ésta resulta, a mi entender, susceptible de otros enfoques metodológicos y de una más amplia consideración.

De ahí que, por mi parte, me decida a insistir en la cuestión, con ayuda de los métodos tradicionales de la romanística: la lingüística histórica y comparada⁴. Dicho de otro modo: antes de abordar la cuestión, procede localizar otras posibles manifestaciones de la misma. Porque si existen y pueden considerarse muestras del mismo proceso, convendrá actuar con visión unitaria y evitar soluciones particulares. Para ello se requiere el examen comparativo de la situación iberorrománica con la del resto de la Romania y también con la de otras áreas lingüísticas vinculadas a aquélla en el espacio y en el tiempo.

2.1. Precisamente desde este último ángulo voy a iniciar la confrontación, recurriendo antes que nada, según la más usual y hasta obligada práctica metodológica de la lingüística románica, a la consideración del posible sustrato. Es decir, trayendo a colación el testimonio del vascuence. Y he aquí que el recurso se presenta especialmente prometedor, pues el vascuence, tan vinculado histórica y geográficamente con el

(4) Cfr. la actual revalorización de estos métodos, en una brillante exposición de K. Togeby, RPh 1959-60, 13, 401-13, a propósito del libro de Weinrich que más adelante menciono. En el mismo sentido, O. Nandriß, "Substrat, structure et lexicologie", en *Verba et vocabula. Ernst Gamillscheg zum 80 Geburtstag*. Munich, 1968, 359-77.

castellano, conoce, valga recordarlo, una regular sonorización de todas las consonantes oclusivas iniciales en los préstamos latinos y románicos: *pilum* > *bilo*, *turrem* > *dorre*, *cellam* > *gela*. Incluso no faltan casos como *filum* > *biro*, *festam* > *besta*, etc.

2.2. Menéndez Pidal, al exponer la sonorización de *k*- inicial como fenómeno de fonética sintáctica, tras citar algunos casos del mismo hecho en latín vulgar, apuntó escuetamente, sin vincularlo con el romance, el hecho de que «en el vasco y en el ibérico son conocidos estos fenómenos de sonorización consonántica inicial» (*Orígenes del español*, § 59₂). Menéndez Pidal sólo dispuso de escasos ejemplos, espigados de algunas pocas monografías publicadas en la *Revista internacional de estudios vascos* hasta 1913 (no debió de alcanzar el estudio, que luego citaré, de Gavel, publicado en 1921) y no volvió a ocuparse, que yo sepa, de la cuestión.

2.3. La primera formulación rigurosa de la citada sonorización en vascuence —dicho sea sin pretensión de trazar la historia del tema— se debe a Gavel⁵, que señaló cómo el fenómeno se produce de modo regular en los préstamos latinos y romances de voces iniciadas por *p*-, *t*-, *k*-: «Les explosives sourdes initiales se sont transformées en leurs sonores correspondantes». Son muy escasas las excepciones a este principio y Gavel⁶ logra justificarlas convincentemente una por una. La vigencia de tal ley fue muy temprana, en modo alguno sobrepasó la duración de la edad media⁷. En algunos casos debe de haberse producido una regresión que ha devuelto su condición de sorda a la consonante inicial. La causa de este hecho radicaría en la influencia de la correspondiente forma románica, que mantenía la inicial sorda. Pero no faltan otras palabras en que tal explicación no parece resultar posible, porque las formas románicas correspondientes ofrecen sonora (*kaskoin* 'gascón', *kaleria* 'galería', *kalerna* 'galerna', etc.),

(5) H. GAVEL, "Éléments de phonétique basque". *RIEV*, 1921, 12, 314 y *passim*.

(6) *Ibid.*, 317-9.

(7) *Ibid.*, 316.

existiendo también dobles del tipo *katu/gatu*, *kereiza/gerezi*, etc.⁸. Esta dualidad —explica Gavel— está provocada por la alternancia consonántica que presentan otras voces que han experimentado una influencia románica secundaria.

2.4. Treinta años después del estudio de Gavel, Martinet, en un artículo antes citado (1.3), abordó monográficamente la cuestión de la sonorización de las oclusivas iniciales en vascuence, basándose en «la experiencia del método estructural». Martinet acepta globalmente la exposición de Gavel, de la que deduce, en términos fonológicos, que el vascuence tenía, respecto de las tres series de oclusivas (labiales, dentales, velares), a representarlas «à l'initiale par un seul phonème de réalisation sonore, à la finale par un seul phonème de réalisation sourde, à l'interieur du mot, au moins à l'intervocalique, par deux phonèmes, l'un sourd (parfois aspiré), l'autre sonore»⁹. Martinet apunta sagazmente las dificultades con que se tropieza para justificar tal distribución: si el vasco sólo poseía oclusivas sordas en posición inicial, mientras que en interior de palabra tenía sordas y sonoras, se comprenden mal (en 1.3 cité las palabras textuales de Martinet) las razones que hayan determinado la sonorización regular. «Les difficultés sont plus graves encore si l'on part d'un type où les distinctions phonologiques sont les mêmes à l'initiale et à l'interieur des mots», puesto que no se ve motivo para que en la posición óptima de máxima distinción desaparezca la correlación sorda/sonora, mantenida en posición interior. Puede añadirse que en favor de aquel mantenimiento cuenta también la circunstancia de estar el vascuence rodeado de lenguas románicas, las cuales —según la creencia general— distinguían en inicial de palabra entre sorda y sonora, de acuerdo con la etimología.

Marinet encuentra una salida, única, al problema: la de admitir una acción exterior al sistema consonántico del vascuence: «Une influence des parlers romans avoisinants agissant sur les restes d'un système consonantique primitif qui dis-

(8) *Ibid.*, 317-3.

(9) A. MARTINET, *De la sonorisation...*, 225.

tinguait essentiellement entre deux séries dont les caractéristiques, en position de différenciation optima, étaient respectivement l'aspiration et son absence». En posición inicial, la primera serie se realizaría por medio de sordas aspiradas; la segunda, por medio de sordas suaves.

2.5. Supuesta tal distinción, la *p*- no aspirada de los préstamos latinos se reproduciría por medio de una sorda suave, no aspirada, realización inicial del fonema leno /b/. En ese estadio —prosigue Martinet— la sonorización de la variante inicial citada «s'explique aisément du fait de la pression considérable exercée par la phonétique des parlers romans qui enserrent le domaine euskarien et n'ont cessé de s'y infiltrer. Le *b*- primitif des mots basques passe progressivement à *b*-, mais là où il correspond à une sourde romane, le son sourd est conservé ou plus vraisemblablement rétabli»¹⁰. La frase transcrita figura también en la versión, modificada, del estudio citado que se incluye en *Économie...* (383). En esta última versión, pocas páginas antes, opina igualmente Martinet: «On comprendrait mal qu'au stade même où l'on pouvait, dans le mot, distinguer entre position forte initiale et position faible interne, un affaiblissement se manifestât précisément en position forte. On doit donc nécessairement postuler un changement profond et assez rapide de l'équilibre des forces dans la chaîne. Un changement de ce type suppose une pression considérable venue du dehors, et une telle pression ne peut avoir été que celle du latin s'exerçant sur une langue que l'effondrement de l'Empire romain a dû sauver de justesse de l'élimination» (379).

Al llegar a este punto del razonamiento se alza una dificultad, a mi entender, insuperable. Admitida la conversión de la consonante sorda latina en sorda suave, no encuentro ningún motivo necesario para suponer que, en un paso ulterior, se ha producido el proceso de sonorización según la dirección postulada por Martinet, en cuanto que las correspondientes formas románicas conservaban —mientras no se

(10) *Ibid.*, 231.

demuestre lo contrario— el sonido sordo inicial etimológico. Aun en el supuesto, tan inverosímil, de que la influencia románica hubiera consistido en la imitación material de sus consonantes sonoras, es decir, en la incorporación al vascuence de unos timbres que hubieran desplazado, indiscriminadamente, sin correspondencia alguna, a los timbres originarios, se hubiera obtenido el paradójico resultado de que la acción del romance hubiera consistido en una divergencia del modelo (cuya presión se pondera), puesto que en las lenguas románicas circundantes parece haber sido regular la conservación de la correlación de sonoridad en posición inicial de palabra, mientras que tal oposición quedaba neutralizada en vascuence. Mal pudieron los descendientes románicos de *pilum*, *pacem*, *picem*, etc., si mantuvieron siempre la *p* inicial que ofrecen en todos sus testimonios hasta el presente, influir sobre los préstamos de tales voces al vascuence, donde adquirieron y conservan actualmente la forma *bilo*, *bake*, *bike*, respectivamente.

Martinet ha percibido la dificultad recién expuesta, como se deduce de sus palabras finales en la penúltima cita transcrita; y parece apuntar allí mismo una solución de carácter general. Sin embargo, creo que no puede aceptarse su valor probatorio, pues los casos del tipo *pacem/bake/paz* (es decir, consonante inicial sorda en latín; sonora en vascuence; sorda en castellano) son muy numerosos e invalidan aquella solución. La conservación secular de la consonante sorda en castellano sólo sirve —como Gavel vio muy bien (2.3)— para justificar particularmente su presencia actual —excepción al resultado general— en unos cuantos de los préstamos léxicos al vascuence. La mayoría de ellos ofrecen sonora inicial, pese a la sorda correspondiente en castellano.

2.6. El artículo de Martinet fue objeto de una amplia re-
censión por parte de Michelena¹¹, que merece ser tenida en
cuenta. En ella se afirma que «en préstamos es característico

(11) L. MICHELENA, "La sonorización de las oclusivas iniciales. A propósito de un importante artículo de André Martinet", *BSVAP*, 1951, 7, 571-82. Utilizo aquí la versión refundida en su *Fonética histórica vasca*. San Sebastián, 1961.

que las oclusivas sordas latinas iniciales estén representadas por sonoras vascas. Como en esa posición los mismos sonidos vascos representan además a las oclusivas sonoras latinas, esto equivale a decir que en esas voces se ha neutralizado para esas consonantes la oposición de sorda/sonora en inicial de palabra [...]. No es raro que una voz vasca con oclusiva sonora inicial tenga a su lado una variante con sorda, aunque casi siempre en una misma localidad se emplea tan sólo una de ellas, sin vacilaciones»¹².

En cuanto a la causa de la sonorización inicial, Michelena cree que «Martinet ha conseguido presentar como sumamente verosímil»¹³ la hipótesis arriba expuesta, supuesto lo cual, «para llegar a la situación documentada en el vasco conocido, hay que admitir que los representantes de los fonemas /b d g/ en inicial se sonorizaron plenamente conforme al modelo romance»¹⁴.

Vale aquí lo dicho a propósito de la hipótesis de Martinet. Aun admitiendo una primera adaptación del consonantismo vasco al latino, resulta poco comprensible cómo se pudo llegar a la sonorización de la consonante inicial por influjo de las lenguas románicas, que, según la creencia común, la conservaron sorda.

Debo insistir en el carácter esquemático —como cualquiera puede percibir— con que he presentado los hechos vascos, para ceñirme así a los intereses del estudio presente. Pero también reitero mi intención de atenerme con toda fidelidad, salvo error involuntario, a la hipótesis formulada para explicar su sonorización inicial. Únicamente he de añadir, para completar el estado de la cuestión, que ha habido alguna opinión en contra de dicha hipótesis. Así, Hubschmid¹⁵, que ha estudiado la evolución de *k* tanto en vascuence como en otros testimonios léxicos prerrománicos, cree probable que

(12) *Ibid.*, 239.

(13) *Ibid.*, 243.

(14) *Ibid.*, 244.

(15) J. HUBSCHMID, *Thesaurus Praeromanicus*. Berna, 1965, II, 50

el sistema consonántico de aquél poseyera no sólo *k*-, sino también *g*-.

2.7. Aunque los estudios que postulaban la imitación románica por parte del vascuence no aluden para nada a la caracterización de las consonantes iniciales de las palabras románicas, afirmar que estaban sonorizadas resulta, al menos como supuesto, la única posibilidad, a mi modo de ver, de salvar su hipótesis.

Dicho supuesto podría formularse así: *El área protorro-mance circundante del vascuence conoció la sonorización de las consonantes oclusivas sordas iniciales*. La presencia del mismo fenómeno en vascuence, donde arraigó definitivamente, pudo ser debida a un proceso de imitación propiamente dicho o estar ocasionada por el mismo contingente léxico incorporado, cuyos componentes ofrecían ya la sonorización consonántica inicial.

Claro está que la situación histórica conocida en el ámbito románico obliga inmediatamente a dotar de una continuación a aquella formulación para hacerla compatible con la realidad documentada: *A diferencia de lo ocurrido en el vascuence, el proceso sufrió en el área originaria una definitiva regresión hacia el estado original, es decir, la conservación inalterada de las consonantes sordas iniciales etimológicas*. El doble proceso contradictorio explicaría perfectamente las anomalías subsistentes, tanto en vascuence (palabras con sorda inicial, al igual que el latín, debidas a influencia secundaria románica; pero véase § 5) como en romance (palabras con sonora inicial, a diferencia del latín, por no haber experimentado la regresión).

Todo el razonamiento anterior —sonorización románica de las consonantes iniciales— está trazado para alcanzar un supuesto que permita explicar un fenómeno de la fonética histórica vasca. Pero, al mismo tiempo, postula una evolución románica que, de algún modo, puede considerarse novedosa. Por tanto, confirmar dicho supuesto ofrece un doble interés: justificar un aspecto del fonetismo vasco y mostrar un estadio

prácticamente desconocido del fonetismo iberorrománico. En busca de esa confirmación hay, pues, que preguntarse por su legitimidad y validez desde la perspectiva románica.

En un primer momento, el supuesto formulado no parece aceptable desde tal perspectiva. No sólo por la desusada afirmación de la existencia generalizada de sonorización consonántica inicial en las lenguas románicas, sino por las distintas características que ese fenómeno ofrece en ambas áreas, vascuence y romance, y la relación entre ellas. Comenzaré por esto último.

Aun aceptando la hipótesis de la sonorización inicial en el ámbito iberorrománico, al no haberse producido dicho fenómeno —como es indudable— con la misma regularidad, persistencia histórica, etc. que en la lengua que, respecto de aquél, ha desempeñado el papel de substrato y adstrato, lo lógico sería concluir que es el romance el que recibe la influencia del vascuence. Así lo han entendido, en general, los romanistas, como ya ha habido ocasión de exponer, mientras que los vasquistas lo entienden en sentido contrario: todos ellos están acordes en que el proceso no se debe a un desarrollo interno del sistema, sino a la influencia románica. Los hechos vascos obligan, pues, a invertir, en principio, la dirección que suele atribuirse al fenómeno de sonorización inicial, ya que, de lo expuesto hasta aquí, se deduce, al menos como hipótesis necesaria, una previa sonorización en los romances.

En resumen. Según el punto de mira que se adopta en la contemplación del fenómeno, se atribuye a su proceso de generalización uno u otro sentido, sin que los tratadistas de la cuestión parezcan haber tomado conciencia de esa situación contradictoria, debida a la incomunicación, de hecho, que parece haberse producido entre vasquistas y romanistas.

Por todo ello resulta necesario revisar, como pocas líneas antes dije, la situación románica en busca de una comprobación o de una repulsa a la hipótesis formulada o, por lo menos, saber qué grado de verosimilitud ofrece desde dicha perspectiva. En cualquier caso, hay que procurar establecer una relación aceptable entre ambas manifestaciones, vascuence y

romance, del mismo fenómeno fonético, es decir, averiguar la dirección que ha seguido el proceso.

3. De igual modo, con mayor exigencia aún, el estudio de dicho proceso en el ámbito iberorrománico no debe tratarse desligado de la consideración comparativa con hechos románicos análogos o idénticos. He aquí un segundo motivo para examinar éstos, que es lo que me propongo hacer en lo que sigue.

3.1. La actitud, tan característica metodológicamente, de Meyer-Lübke¹⁶ sobre la sonorización de las consonantes iniciales, ha pesado decisivamente en el estudio posterior de la cuestión. En todas las lenguas románicas encuentra Meyer-Lübke ejemplos aislados de sonorización inicial, pero no puede reducirlos a una «regla precisa», sino que debe admitir una influencia particular para cada uno de ellos. En algunas clases de palabras resulta más frecuente: préstamos del griego; sílaba inicial *kra-*, etc. Con mayor generalización que los demás romances, observa Meyer - Lübke¹⁷, el sardo trata la consonante inicial como interior intervocálica.

3.2. Estas mismas afirmaciones son las que, prescindiendo ahora de detalles, se mantienen hoy en los manuales de fonética románica, tanto general como de cada lengua particular. Pero no faltan algunos estudios monográficos que enriquecen y matizan dicha situación bibliográfica.

Se debe el primero de ellos a Guiter¹⁸, dedicado precisamente a la sonorización de la *k-* inicial, aunque el fenómeno, explica, no se limita a la velar, pero sí ocurre en ella con frecuencia considerablemente superior al resto de los demás órdenes articulatorios. Con base en un abundante material léxico, Guiter señala en las lenguas románicas numerosos casos de dobles en los que alternan *k-* y *g-*: «Ces doublets sont forcément d'origine dialectale; il n'est pas étonnant qu'ils abondent spécialement en Italie [...] L'étude des patois nous four-

(16) W. MEYER-LÜBKE, *Grammaire des langues romanes*. Paris, 1890, I, 377.

(17) *Ibid.*, 545.

nit des exemples infiniment plus nombreux»¹⁹. Idéntica alterancia dentro de una misma lengua existe también entre palabras que pertenecen a lenguas diferentes, como fácilmente se comprueba. Guiter —que lleva la documentación del fenómeno fuera del dominio lingüístico románico y aun del indoeuropeo—, tras precisar diversas áreas románicas en que aquél presenta especial desarrollo (Cerdeña, Italia central, Pirineos), lo atribuye a efectos de sustrato. Concretamente, así lo afirma del vascuence²⁰, respecto de las áreas románicas vinculadas a él.

Un estudio posterior, el de Reichenberger²¹, de más limitado alcance geográfico, como indica su título, también con una considerable documentación, se muestra asimismo favorable a la acción de las lenguas prerrománicas. Para Reichenberger, en el norte de Italia, en Milán, se sitúa el foco inicial de la sonorización, que irradia a toda la Romania occidental.

3.3. Entre los dos estudios que acabo de citar, específicos sobre la cuestión examinada, el de Guiter y el de Reichenberger, se sitúa cronológicamente otro, no monográfico, pero que supone una original y sugestiva aportación al tema. Al enfrentarse Weinrich²² con diversas cuestiones fonológicas de las lenguas románicas, se planteó también el problema de la sonorización inicial. Para abordarlo, establece Weinrich el concepto de *variation*, que, según sus propias palabras, es «die Veränderung eines Konsonanten unter satzphonetischen Bedingungen, dergestalt dass er in eine «starke» und eine «schwache» (kombinatorische) Variante aufgespalten wird» (49) o, más brevemente, «Variation ist Spaltung eines Phonems in zwei Varianten» (148). Las consonantes sordas intervocálicas

(18) H. GUITER, "Etude sur la sonorisation du "k" initial dans les langues romanes", *RLaR*, 1940-5, 69, 66-79; "A propos de la sonorisation du "k" initial dans les langues romanes", *Ibid.*, 169-71; "Remarques complémentaires sur la sonorisation du "k" initial", *Ibid.*, 1948, 70, 17-28.

(19) H. GUITER, "Etude...", 66.

(20) *Ibid.*, 68.

(21) K. REICHENBERGER, "Zur Sonorisierung palataler Amlautkonsonanz im Westromanischen", *VR*, 1964, 23, 56-68.

(22) H. WEINRICH, *Phonologische Studien zur Romanischen Sprachgeschichte*. Münster, 1969².

latinas, tanto en interior de palabra como en posición inicial, dentro del decurso fonético, habrían experimentado dicho proceso, que, tras debilitar su tensión articulatoria, las abocó a la sonorización. No cabe aquí entrar en detalles de la tesis de Weinrich²³, tan comentada por los romanistas, sino centrarla en el punto que interesa: la alternancia de sorda/sonora, según el contexto fonético, sin relevancia fonológica, en posición inicial de una misma palabra, había de resultar incómoda para el hablante, de modo que acabó restituyéndose la consonante originaria, etimológica. Fue así como se estabilizó, en cualquier contexto fónico, la sorda inicial; que se había mantenido inalterada en posición fuerte; esto es, tras consonante:

3.4. Recientemente, Figge²⁴ ha abordado de forma monográfica, en un extenso libro, el problema de la sonorización de las consonantes iniciales en toda la Rumania, con el planteamiento más documentado y ambicioso de los realizados hasta la fecha. Figge, que duda de la posibilidad de reducir el fenómeno a influencia griega o a prerromana o a ambas complementariamente, procede con gran minuciosidad al análisis de los diferentes grupos léxicos que estableció, según la variedad de consonantes o sílabas iniciales; según el origen y naturaleza semántica de las palabras afectadas; etc., con el fin de ir precisando las posibles causas en cada caso. No es mi propósito actual exponer o comentar la doctrina de Figge, sino simplemente resumir lo que afecta al objeto del presente estudio. Pues bien, Figge observa que en los préstamos latinos y romances al vasco de palabras que empiezan por *p-*, *t-*, *k-*, estas consonantes son con frecuencia sustituidas por *b-*, *d-*, *g-*, respectivamente. Como también los dialectos románicos pirenaicos ofrecen la sonorización inicial en palabras de origen latino, supone que debe ser atribuida al substrato o adstrato vasco y que, por tanto, ha de separarse metódicamente de la problemática románica general. Es decir, excluye de su análisis, por principio, todos los casos que se hayan podido pro-

(23) Ideas análogas expone H. LAUSBERG *Lingüística románica*. Madrid, 1965. Aunque supongo su prioridad cronológica sobre Weinrich, no me cabe afirmarla por no disponer de la 1.ª ed. del original de dicha obra.

(24) U. L. FIGGE, *Die Romanische Anlautsonorisation*. Bonn, 1966.

págar a causa del vascuence, aunque se documenten formas paralelas fuera del área pirenaica. En resumen, una vez más se da la circunstancia de que la explicación de los hechos iberorrománicos queda relegada al substrato vasco y se prescinde de ellos en el panorama románico general.

4. La exposición desarrollada hasta aquí, pese a su carácter esquemático, resulta suficiente para volver a la cuestión inicial: la neutralización de *k-/g-* en castellano o, en otros términos, la sonorización de *k-* inicial, fenómeno cuya existencia en iberorrománico no ofrece dudas. Independientemente del alcance que se otorgue a la explicación fonológica comentada al comienzo de este estudio, la aplicación de otros métodos ha permitido enriquecer considerablemente la imagen de dicho fenómeno al denunciar en otras áreas lingüísticas, vinculadas con la suya, manifestaciones semejantes.

En primer lugar, se ha recordado su regularidad y persistencia en vascuence, atribuida por sus estudiosos a la influencia románica. Después se han revisado hechos idénticos en la Rumania, cuyo número han ido aumentando diversas aportaciones documentales, especialmente frecuentes y constantes en algunas zonas bien delimitadas. Luego no parece acertado desvincular esos hechos de los correspondientes peninsulares. Pero he aquí que, como ya anticipé, son los propios romanistas los que, en busca de una pretendida homogeneidad, prescinden del examen particular del proceso iberorrománico por creer que éste obedece a una causa propia y específica, diferencial respecto de las demás lenguas románicas: la influencia del substrato vasco.

Valga, pues, repetir que, mientras esto se afirma desde la perspectiva indicada, desde la perspectiva del vascuence se sostiene que la sonorización (regular) de las consonantes iniciales de los préstamos recibidos del latín y de las lenguas románicas, se debe a la influencia de estas últimas. De nuevo, la flagrante contradicción arriba señalada.

Así pues, la cuestión parece hallarse en un punto muerto, del que, precisamente por la incomunicación antes denuncia-

da, ni siquiera se ha tomado conciencia. Opino, sin embargo, que una atenta reflexión sobre el estado descrito y un mejor conocimiento reciente de los hechos románicos tempranos, permiten, ya que no alcanzar una explicación de validez general o una explicación particular de cada ámbito, deducir algunas consecuencias valiosas y salvar la contradicción señalada.

5. De acuerdo con las ideas sustentadas principalmente por Lausberg y Weinrich, resulta verosímil afirmar que en un estadio románico primitivo debió de alcanzar una considerable generalización el proceso de sonorización de la variante débil, por su posición intervocálica en el decurso fonético, de la consonante inicial, de modo similar a lo que ocurre en el sardo²⁵. Diversos indicios (restauraciones impedidas, restauraciones etimológicamente falsas, etc.) denuncian tal situación, que no llegó a estabilizarse; por el contrario, se produjo una regresión casi unánime, debido a razones de economía expresiva, hacia la consonante sorda etimológica.

5.1. Si se tiene en cuenta, siguiendo a Gavel²⁶, que «dans la couche la plus ancienne des mots empruntés au latin ou au roman, le *p*, le *c* et le *t*, en position initiale, sont devenues respectivement *b*, *g* et *d*. Mais dans les formes empruntées à une époque plus tardive, ces trois mêmes explosives sourdes ont conservé leur valeur primitive», opinión compartida por Martinet y Michelena, bien puede aceptarse, tras la consideración de la situación románica expuesta, que dicho fenómeno aparece en vascuence porque las palabras recibidas por él en préstamo ofrecían consonante inicial sonora. De este modo

(25) He aquí algunas muestras que pueden compararse con los casos vascos recogidos en 1.2: *p̄it̄um* > (su) *b̄ilu*, *terr̄am* > (sa) *d̄erra*, *cat̄enam* > (sa) *ḡadena*, *f̄ur̄num* > (su) *v̄orru*. G. ROHLFS, *Grammatica storica della lingua italiana e dei suoi dialetti*. Turín, 1966, I, 194 ss.

A la vista de estas evoluciones, me parece muy importante la noticia que da SALVADOR (*Neutralización...*, 1752) de haber escuchado, en un viaje por Andalucía oriental, *dierra*. Resultaría muy provechoso ampliar la documentación de este hecho con nuevas exploraciones y determinar los condicionamientos de su aparición. Concretamente, si frente al probable (*la*) *dierra*, se oye, como en sardo, *tierra*, (*feraz*) *tierra*, (*las*) *tierras*, (*por*) *tierra*.

(26) H. GAVEL, *Éléments...*, 507.

se obtiene una explicación sencilla y convincente de los hechos vascos²⁷. Esta formulación, que antes establecí como suposición para hacer más aceptable, desde la perspectiva vasca, la hipótesis de la imitación románica postulada por Martinet, ahora alcanza una mayor grado de certeza en cuanto que resulta admisible desde la perspectiva de la situación fonética protorrománica, a la cual viene, indirectamente, a ratificar.

En efecto, de lo anterior se infiere que el vascuence, al igual que ocurre con otros aspectos del fonetismo latino (por ejemplo, la articulación velar de *ke, ki*), recogió y conserva un estadio románico —el apuntado por Lausberg y Weinrich— superado luego por las propias lenguas románicas. Dicho de otro modo: el comportamiento fonético del vasco con los préstamos románicos constituye una nueva prueba, que se añade a los argumentos de los romanistas citados, a favor de la existencia de un estadio, al menos en las áreas románicas circundantes, en el que las consonantes iniciales de palabra estaban sonorizadas. Creo que ésta es la consecuencia más importante que se desprende del presente estudio.

5.2. También debe concluirse que los casos iberorrománicos de sonorización de consonante inicial no han de ser explicados en función del vascuence, como generalmente se ha venido

(27) Al dejar sentado que la sonorización de las consonantes iniciales en vascuence estaba motivada por la imitación del romance, no puede omitirse la mención de otro hecho del fonetismo vasco, a causa de su aparente contradicción con el enunciado. Me refiero a la presencia de consonantes sordas intervocálicas, en interior de palabra, que ofrecen los préstamos, siendo así que presentan en romance la correspondiente sonora. Este contradictorio proceder se acentúa de algún modo al considerar que mientras que la sonorización románica en interior de palabra está, no es preciso decirlo, perfectamente documentada, la sonorización inicial no pasa de ser, por muy buenas pruebas que tenga, una reconstrucción conjetural.

Sin embargo, tranquiliza que los estudiosos del vascuence, a cuya competencia pertenece la cuestión, no parecen plantearse el problema o no lo consideran tal problema. Así, un tratadista tan riguroso como Michelena explica sencillamente, sin ningún planteamiento problemático, que "la reproducción de la sonora romance por una sorda pudo ser un procedimiento de vasquización de los préstamos de acuerdo con la correspondencia que los hablantes sentían como regular" (*Fonética...*, 226). Incluso cita ejemplos claros "que prueban que oclusivas sonoras geminadas latinas o grupos de consonantes sonoras romances están representados por oclusivas sordas vascas" (229).

procediendo, ya que éste era el inducido, no el inductor, en cuanto a la propagación del cambio.

5.3. Asimismo podrá afirmarse que tales casos (palabras que ofrecen *g-* inicial en vez de *k-* etimológica) serán, en principio, con las inevitables excepciones particulares, los supervivientes de la regresión que restableció definitivamente en casi toda la Rumania occidental la consonante sorda etimológica inicial. De ahí que deban ser incluidos, en igualdad de circunstancias, con los de las demás lenguas románicas en una consideración o explicación general.—sea cual fuere, que aquí no hace al caso—del fenómeno de sonorización inicial.

La aparición temprana de dobles (*k- ~ g-*) habrá suscitado cierta vacilación en las restantes palabras empezadas por velar, lo cual explica, en parte, la existencia de polimorfismo, variantes intermedias, etc.; en otra parte se deberá este hecho a la acción subsistente de las causas que motivaron la *variation* de la consonante inicial. La mejor prueba a favor de esta suposición se encuentra en la presencia actual de formas como and. *dierra*, antes comentado (nota 25) y nav. *gambrión*, *gorsé*, ya citadas (§ 1), que indudablemente han de ser palabras de muy reciente aparición.

5.4. Más aún. El vascuence también conoce la alternancia de sonoridad inicial, tipo *bake ~ pake*, 'paz', en que la consonante sorda inicial es atribuida por Gavel, cuya opinión comparten Martinet y Michelena, a influencia románica (*paz*) posterior sobre el préstamo antiguo (*bake*). Pero habría que plantearse, a la vista de los hechos románicos y siempre que pueda trazarse—que no será fácil—la historia del préstamo, hasta qué punto tal alternancia pueda ser originaria, es decir, reflejar la propia variación románica primitiva y no estar causada tras la restauración románica de la consonante sorda inicial etimológica.

5.5. Una última consecuencia. Se explica ahora fácilmente que las palabras románicas con consonante inicial sonorizada abundan más en los dialectos y hablas rurales—como se observa en los materiales léxicos aportados por diversos es-

tudiosos y especialmente señala Guiter— que en las lenguas oficiales y literarias. La razón radica en que estas últimas procuraron más decididamente la fijación para constituirse como tales lenguas. En este mismo orden de cosas, constituye otra explicación a la peculiaridad citada el hecho de que la regresión que estabilizó la consonante inicial sorda (independientemente de cuál fuera su causa o finalidad) supuso, de modo indirecto, una reacción de tipo latinizante, puesto que equivalía a mantener el fonema latino originario. La mayor vinculación al latín —sobre todo en la escritura— de las lenguas oficiales favorecería en ellas la presencia del sonido etimológico.

FERNANDO GONZÁLEZ-OLLÉ
Universidad de Navarra